

BIBLIOGRAFÍA

- PEIRCE, Charles Sanders (1988), *El hombre, un signo*, Barcelona, Crítica. (1987), - *Obra Lógico-Semiotica*. Madrid, Taurus.
- BATESON, Gregory (1976), *Pasos hacia una Ecología de la mente*, Buenos Aires, Carlos Lohé.
- WITTGENSTEIN, Ludwig (1988), *Investigaciones Filosóficas*, Barcelona, Crítica. (1977), - *Observaciones*, México, Siglo XXI.
- KERMODE, Frank (1983), *El sentido de un Final*, Barcelona, Gedisa.
- HARRÉ, Rom. (1982), *El ser social*, Madrid, Alianza Editorial.
- HABERMAS, Jürgen (1988), *Teoría de la acción comunicativa. Crítica de la razón funcionalista*, Madrid, Taurus.

Periodismo, conflicto simbólico y fetichismo. Tipología y tensiones de las relaciones entre periodistas y políticos

VÍCTOR SAMPEDRO BLANCO

Investigador becario de la Fundación March
Colaborador doctorando del Departamento de Sociología VI

SUMARIO

Este trabajo describe el repertorio de roles periodísticos que definen las interacciones entre periodistas y políticos. La clase política es considerada como la fuente de información más relevante y se analizan las prácticas cotidianas y los valores normativos que configuran los diferentes roles periodísticos. Se tiene muy en cuenta la experiencia en sociedades donde el libre mercado de medios y los sistemas de representación democrática no han alcanzado el estado que la literatura anglosajona sobre la materia presupone.

La aproximación teórica a estos roles parte de una reflexión más amplia en torno al monopolio y preeminencia de políticos y periodistas en la comunicación política contemporánea. Se entiende por tal el resultado de la lucha simbólica que establecen los agentes sociales para imponer sus definiciones de la realidad social a través de los medios. La posición de privilegio de que gozan periodistas y políticos en esa lucha y las autojustificaciones normativas (definiciones ideales de su función social) que ponen en práctica son sometidas a crítica. En concreto, los informadores esgrimen actuar como representantes de la opinión pública y ejercer el control de los restantes poderes. Estas autopresentaciones y su alto contenido normativo encubren ciertos mecanismos de suplantación o fetichismos simbólicos, presentes en todo proceso de delegación representativa y que subyacen a los estereotipos más comunes de los roles periodísticos. Esta reflexión, que se toma prestada de las teorías de Bourdieu, entronca con la cuestión clásica en la literatura sobre medios sobre las capacidades de los distintos actores sociales para definir-influenciar esa "realidad política".

A partir de estos marcos de interpretación, se defiende un estudio conjunto de fuentes e informadores y se justifican dos tipologías. La primera tipología intenta resumir los recursos y estrategias de los políticos para controlar el flujo informativo. La segunda recoge los roles periodísticos profesionales (de los informadores) y/o institucionales (de sus empresas) respecto a las principales fuentes de información políticas: los políticos en el poder. Se apunta también que dichos roles cobran sentido al considerarlos en un doble eje: el del nivel de confrontación con los actores políticos institucionales y el de su contenido normativo. Enmarcados en dichos ejes se entiende su carácter dinámico y la tensión a la que se encuentran sometidos: los roles periodísticos son fruto de una interacción intrínsecamente

problemática y cooperativa con los actores políticos. La tensión entre las prácticas y los valores ideológico/profesionales desvelan al periodista como actor estratégico que combina confrontación y colaboración a pesar de presentarse como neutral adversario de la clase política.

1. COMUNICACIÓN POLÍTICA Y LUCHA SIMBÓLICA

El análisis de la esfera de actividad de los medios de comunicación y del rol social de estas instituciones encuentra en las teorías de Pierre Bourdieu sobre el conflicto simbólico un buen punto de partida. La lucha de clases marxista es redefinida por el sociólogo francés ampliando su contenido ortodoxo, al añadir el capital simbólico a los ya clásicos capitales económicos y culturales. Por capital simbólico ha de entenderse la capacidad de un agente para alcanzar reconocimiento social de su persona o de los capitales que posee. De modo que capital simbólico consiste en capital económico y/o cultural conocido y reconocido (Bourdieu, 1988:138).

Luchar simbólicamente consiste fundamentalmente en dos tipos de estrategia: (i) El despliegue de acciones objetivas; es decir, manifestaciones o presentaciones de los actores sociales. (ii) Estrategias subjetivas que pretenden hacer más valorables y valoradas ciertas estructuras cognitivas y normativas, esto es, ciertos modos de percibir la realidad social (Bourdieu, 1988:137-142).

Se comprende así un concepto previo de Bourdieu, el de campo intelectual o "sistema de relaciones sociales en los que la creación como acto de comunicación tiene lugar" (1971:161). En nuestro caso, se trata del campo intelectual de la información política, que es una acotación de la esfera simbólica construida a través de los mensajes mediáticos. En dicho campo informativo las instituciones y los actores políticos operan con la base de sus capitales y recursos materiales, pero bajo una lógica propia que es la cultural y, por lo tanto, no reducible a un enfoque determinista. Todo agente pretenderá, en último término, monopolizar las presentaciones públicas e imponer sus modos de percibir la realidad social en un área más o menos extensa (Bourdieu, 1971:175).

Parece obvio que la profesión periodística goza de una posición privilegiada en la contienda que se desarrolla en el campo de la información política. De hecho la actividad de los periodistas consiste en proporcionar notoriedad pública a temas y personajes; es decir, confieren el reconocimiento social de los capitales culturales propios (caso de comentaristas) o, con más frecuencia, de otros agentes sociales (caso del redactor de noticias). Así, el informador dispone de una poderosa arma para incrementar las cualidades y cantidades de capitales propios y ajenos. La relevancia de este rol social es aún mayor si tenemos en cuenta que la meta última de las luchas culturales y simbólicas consiste en el monopolio del poder de producción del sentido común: la capacidad de nominación y legitimación de la realidad.

A la hora de identificar a los "definidores primarios de la realidad social", Bourdieu señala a políticos y burócratas. Sin embargo, es preciso reconocer que esa ventaja se reduce a mera potencialidad sin la intervención de los medios de comunicación. Es la tarea periodística la que actualiza la capacidad de definición de la realidad social de esos autores, reservándose un margen de autonomía que no debe obviarse. Dado que la experiencia ciudadana de la realidad política es eminentemente indirecta y mediada a través de cobertura informativa, resulta necesario ahondar en los patrones de interacción fuentes-informadores; en nuestro caso, clase política-periodistas.

Algunos de lo presupuestos básicos de la literatura de *Political Communication* cobran sentido en el marco descrito anteriormente. Es parte del saber comúnmente aceptado en los estudios sobre las relaciones fuentes/informadores dos premisas: (i) Las fuentes políticas compiten por obtener acceso a los medios con el fin de imponer su definición de los asuntos públicos⁽¹⁾ (ii) Esas mismas fuentes, simultáneamente, intentan controlar el flujo informativo que hace referencia a su propio ámbito institucional. Este doble juego se pone de manifiesto en la experiencia profesional cotidiana de los periodistas, que se ven continuamente tentados a reproducir discursos ya impresos, dossiers "en los que figura todo lo importante", pero a los informadores se les niega el acceso a las reuniones de partido en las que se redactan dichos documentos oficiales. O de un modo más explícito, todo político está permanentemente dispuesto a hablar de cualquier partido menos del propio.

Esta última estrategia de protección y auto-control de las fuentes políticas se comprende mejor dentro en el marco teórico de los modelos de preservación y presentación del yo (Goffman, 1959), aplicados a las instituciones (Giddens, 1984). Giddens señala cómo las organizaciones sociales delimitan ciertas zonas institucionales, según el acceso a las mismas sea público o bajo permiso oficial. La zona o región delantera (el *balcón*, en nuestro simi arquitectónico) está constituida por los ámbitos institucionales a los que cualquiera puede acceder; la región trasera (o *patio trasero*) es donde se toman las decisiones y de las que está excluido aquel que carece de status o permiso oficial. Pero además de las posibilidades de acceso, las instituciones regulan mecanismos de apertura o cierre de los flujos de información.

Aplicado a las relaciones entre instituciones políticas e informadores, Ericson et al. (1989) combinan regiones y mecanismos de control del siguiente modo:

- Patio trasero y cierre de flujo informativo, donde se asienta el secreto.
- Patio trasero y apertura de información, donde tienen lugar la confidencias.
- Balcón y cierre de información que tiene como consecuencia la censura.
- Balcón y apertura de información que es la situación de publicidad.

Este mapa confiere a las relaciones periodistas/políticos un alto grado de versatilidad, porque la extensión de las regiones y los flujos de infor-

mación pueden sufrir alteraciones dependiendo de los actores o del contexto. De ahí que los roles de los informadores que definimos al final de este trabajo no resulten ni estáticos ni excluyentes.

Hasta ahora nos hemos mantenido en el terreno de la práctica y es necesario recordar que los roles no son únicamente fruto de la reiteración de comportamientos determinados institucionalmente o por la rutina profesional, sino que conllevan una dimensión normativa. El desarrollo de un rol y su consistencia presuponen una serie de expectativas respecto a las instituciones o individuos que las encarnan: esto implica que las actividades desarrolladas han de ser predecibles y conformar un patrón estable de interacción con otros actores. Por eso es necesario regresar al análisis del periodista y del político, como actores de luchas simbólicas que se revisan de autoconcepciones normativas acerca de sus roles. Crean, así, unas expectativas acerca de sus funciones sociales (una definición ideal de las mismas) que deben ser confrontadas con la realidad de la práctica profesional y, por tanto, con su posible carga de autojustificación.

2. DELEGADOS, REPRESENTANTES Y FETICHISMO SIMBÓLICO.

Partiremos de una concepción de nuestro binomio de actores sociales, periodistas y políticos, como delegados y representantes del cuerpo social para la construcción de la esfera simbólica que es la información política. Por ello, antes debemos analizar los conceptos y funciones de delegación y representación simbólicas y los riesgos de juegos de poder que acarrearán. Hemos de considerar la posibilidad de generación espontánea de grupos sociales como casi nula. De hecho, toda unidad colectiva debe adquirir entidad social y, por tanto, necesita ser reconocida como tal por miembros y por extraños. Bourdieu defiende que el mecanismo para alcanzar tal entidad social se pone en marcha —implícita o explícitamente— mediante un proceso de delegación. A través de procesos de delegación los miembros de una sociedad eligen (o consistenten la formación de) un número de representantes que son investidos de poder simbólico. Para la construcción de una entidad simbólica estable del grupo, el delegado despliega dos funciones: la representación y la expresión.

Como representante, el delegado personifica simbólica y materialmente al grupo, que así adquiere visibilidad social. Hasta el punto de que el capital simbólico se convierte en propiedad del líder: la persona colectiva y moral que, de algún modo reemplaza/desplaza al propio grupo de la esfera social. La función de representación se complementa y realimenta con la de *expresión*. El delegado expresa un conjunto de rasgos semejantes del grupo, proporcionándole una identidad común; pero también habla hacia afuera, en vez del grupo, tomando decisiones y dirigiendo conductas. Gracias a estas facultades de expresión es posible el fetichismo simbólico: cuando el "ministerio" del delegado se convierte en "imperio" y el

servicio al grupo se transforma en mando (Bourdieu, 1988:163). El líder cambia la identidad del grupo y construye una nueva. Recurriendo al carisma, encanto y misterio de su posición, el líder acaba disfrutando de derechos especiales, acordados con su nuevo *status*.

Políticos y periodistas se han convertido en las sociedades modernas en los delegados públicos que construyen la realidad política. Ambos se han erigido en representantes de una vaga y abstracta opinión pública o, menos pretenciosos, del "hombre de la calle". Partidos y políticos se arrojan tras cada elección el rol de portavoces de la opinión pública. Medios de comunicación y periodistas dicen expresar la cotidianamente a través de la opinión publicada, radiada o televisada. Como veremos la auto-atribución de tales roles sociales resulta, como mínimo, problemática.

Sin embargo, el desarrollo paralelo del liberalismo parlamentario y de los medios de comunicación modernos apoya esta tesis: así como el alto grado de identificación entre los profesionales de la política y del periodismo decimonónicos (Alvarez Junco, 1990). Además las dinámicas actuales de representación política y periodística resultan muy similares. Desde la óptica del actor racional de Anthony Downs, ambos agentes persiguen maximizar representaciones y delegaciones simbólicas, mediante un cálculo de costes y ganancias. "Como los partidos políticos, los periodistas deben trabajar sin descanso para maximizar su clientela, a expensas de sus más cercanos competidores en el campo de la producción, a través de temas más o menos específicos, fórmulas e incluso periodistas, sin perder el núcleo de lectores que los define y provee de valor (Bourdieu, 1984:234). Al igual que las fuerzas políticas intentan aumentar en lo posible el número de votantes sin perder una identidad ideológica, todo medio de comunicación pretende mantener cierta línea editorial pero atrayendo las audiencias más amplias.

Por otra parte, la "clase periodística" y la "clase política" se han investido de facultades y prerrogativas en función de esos roles de representación y expresión simbólicas. El ejemplo más claro lo proporcionan las diferentes "inmunidades" de que gozan. La inmunidad parlamentaria tiene su paralelo en el secreto profesional periodístico y las prácticas "off the record" ponen de manifiesto el "carácter sacerdotal" de ambos roles. Inmunidad parlamentaria y secreto profesional colocan a políticos y periodistas en una posición privilegiada ante los mecanismos de fiscalización judicial de sus actividades. Dicha inmunidad sólo es compartida con otras profesiones de carácter sacerdotal (médicos, abogados, sacerdotes) y se justifica por la especificidad de sus funciones y la existencia de un código ético y deontológico propio.

En principio, los médicos administran la salud física; los abogados, la justicia; los sacerdotes, la salud espiritual o moral. Políticos y periodistas administran la construcción y representación de una esfera simbólica que constituye la realidad política vicaria que experimenta la ciudadanía. Durante las prácticas "off the record" (cuando el político "confiesa" al periodista una información que no ha de hacer pública) el monopolio y prerrogativas de ambos actores para la construcción de la "realidad" políti-

ca se ponen de manifiesto. Es necesario, sin embargo, para estos actores elaborar unos "credos profesionales", es decir unas concepciones profesionales que legitimen la auto-atribución de estos privilegios (Bourdieu, 1984:369-370). De este modo surge la dimensión normativa de los roles del informador.

Dos son los principales mitos profesionales de los periodistas: (i) Ser portavoces cotidianos de "la opinión de la calle", del "sentir popular" o del "clima social" y (ii) actuar como "perro guardián", "contrapoder" o "cuarto poder". Aunque ambos gozan de cierto sustento en la práctica periodística diaria, es difícil no considerarlos como estereotipos normativos que salvaguardan ciertos privilegios.

(i) Según algunas interpretaciones, los medios estructuran la anomia pública y pondrían a los ciudadanos en relación casi-personal con hechos y personajes públicos. La audiencia constituiría una "seudo-Gemeinschaft" que el propio medio ha ayudado a crear. Esta aplicación de la "seudo-comunidad" de Tönnies se la debemos a R. K. Merton (1945) que analizó la "fe" de los públicos en los medios de comunicación. Dicha fe o confianza es resultado de un clima de aislamiento y anomia públicos, propios de las sociedades modernas. Debido a esta identificación de las audiencias con sus medios se borran las diferencias entre la comunicación interpersonal y los procesos de comunicación de masas. Por ejemplo, una alocución presidencial en tiempos de crisis se convierte, a través de la cobertura informativa, en un proceso de comunicación directo, personal y sincero, típico de las comunicaciones no mediadas.

Existe también evidencia de que entre audiencia y medios subyace una serie de valores compartidos. En cierto sentido se podría hablar de un consenso entre informadores y receptores en cuanto a la selección de la realidad política efectuada por los medios. La afinidad de valores no ha de ser absoluta, pero sí se produce la divergencia tiene lugar un "vacío comunicacional", una crisis de confianza que pone en peligro todo el proceso comunicativo. Como ejemplo, baste recordar el recelo de las audiencias americanas con la profesión e instituciones periodísticas tras las informaciones sobre la guerra de Vietnam y las revueltas por los derechos civiles (Roshko, 1976:272).

El presupuesto de que las audiencias delegan sus facultades y derechos ciudadanos (de recogida, selección y difusión de información) a diferentes grupos de periodistas con los que comparten unas líneas editoriales conduce a dibujar el ideal "pluralista" de la comunicación de masas. Sin embargo, existen datos que desmenten o matizan seriamente este mito y nos recuerdan los mecanismos de fetichismo expuestos antes. Como apunte valgan los estudios que prueban el escaso conocimiento que los periodistas tienen acerca de las características y deseos de sus audiencias (Burgeson and Atkin, 1982) o la irrelevancia de las opiniones de los lectores en el contenido de los medios de comunicación (Flegel and Chaffee, 1971). El periodista, por lo tanto, diría representar una opinión pública que desconoce o al hombre medio que poca o ninguna influencia puede ejercer sobre la actividad de aquel que se erige en su portavoz.

(ii) En las sociedades democráticas avanzadas otra fuente de legitimación de la actividad periodística consiste en su pretendido rol de control y fiscalización de los poderes y comportamientos públicos. Consecuentemente, los medios contrastarían siempre las informaciones oficiales y generarían informaciones veraces sobre aquellos patios traseros y estrategias de ocultación de las instituciones que definía Guiddens. Esta dimensión ideal del rol del informador, implica una relación con la clase política que se define fundamentalmente por la confrontación.

Si abandonamos una visión totalizante y homogeneizadora de la élite política, podemos entender que la confrontación de los informadores con los políticos se transforma en colaboración y simbiosis. Dos argumentos sostienen esta afirmación: las élites políticas necesitan a los medios y los medios precisan de estas fuentes de información. Por una parte, la cobertura de los medios es determinante para configurar la personalidad pública (el capital simbólico) de todo político. "Existe en estos tiempos una nueva identidad social: ser un líder político es formar parte de los media, un actor sin salario con una rutina prescrita (Seaton and Pimlott, 1989:xviii). Por otra parte, los dos mercados simbólicos, el de la política y el de la información, se sostienen y ayudan mutuamente; es más, siguen lógicas convergentes. La competición en los mercados políticos refuerza la necesidad de las élites por controlar las noticias. La competición en los mercados económicos de los medios conduce a que los periodistas persigan la minimización de costes y la maximización de beneficios. Las élites son consideradas fuentes veraces de información, con la autoridad social de avalar o desmentir. Los propios políticos inventan y producen noticias ahorrando tiempo y esfuerzo al informador. Todo lo cual conduce a que los medios desarrollen patrones de dependencia respecto a las instituciones políticas (Entman, 1989:20).

Cuando Bourdieu critica las "investiduras fetichistas" que tienen lugar en los procesos de representación simbólicos se refiere fundamentalmente a los actores políticos. A la vista de los argumentos anteriores resulta justificado trasladar esa crítica a los periodistas. Toda tarea de representación conlleva el riesgo de usurpación, en el sentido de que el acto de "hablar por" implica una propensión a "hablar en lugar de", tanto si el acto de habla es "en nombre de" (función periodística de expresión de la opinión pública) como "en favor de" (tarea de cuarto poder). El representante transforma así su primera función de servicio en una función de dominación.

Estos juicios negativos sobre los riesgos de la representación política pueden atenuarse al considerar que dichas delegaciones, cuando se establecen a través de procesos democráticos, se ven sujetas a los períodos electorales y la consiguiente posibilidad de sanción. Los periodistas y los medios suelen argumentar que su legitimidad deriva de su nivel de ventas y/o la fidelidad de sus audiencias. Pero resulta cuestionable esta analogía entre las capacidades de sanción y control de los votantes y los consumidores de medios de comunicación. Sólo una equiparación entre el mercado de ideologías y propuestas políticas y el de los productos informativos

la justificaría. La absolutización de la prensa como "cuarto poder" o "canal de expresión de la opinión pública" parece derivar, más bien, en estrategias de fraude consistentes en la confusión del "yo" y el "nosotros", en la afirmación de "yo soy el grupo" (Bourdieu, 1988:162-167), por parte del periodista.

Otra forma menos teórica de sustentar esta crítica nos la ofrece la literatura de medios de comunicación que ha prestado atención al poder de los distintos agentes sociales para definir el contenido de los medios. Se trata de evaluar el grado de autonomía respecto a las fuentes de información que gozan de mayores recursos. Antes de exponer las tipologías que constituyen el núcleo de este trabajo, pasaremos revista a las corrientes metodológicas que resumen el trabajo realizado hasta el momento en el seno de los estudios de comunicación. Sus conclusiones, más o menos consensuadas, ponen en evidencia la discrepancia entre esos ideales normativos y las relaciones prácticas con las fuentes de información políticas.

3. EL ACCESO A LOS MEDIOS. EL PODER DE LAS FUENTES EN LA DEFINICIÓN DEL CONTENIDO INFORMATIVO

Las investigaciones acerca del poder de las fuentes de información a la hora de determinar y controlar el flujo informativo han seguido dos tipos de aproximaciones metodológicas; según el énfasis se haya puesto en uno u otro polo de la comunicación. Por una parte, ciertos autores y escuelas han centrado su análisis en los medios, mientras que otros analizan estrategias y recursos informativos de las fuentes.

1) Los estudios centrados en los medios responden fundamentalmente a (i) las teorías de enfoque crítico elitista o de clase y (ii) la sociología de las prácticas profesionales periodísticas.

(i) El enfoque crítico que asume la interrelación político-económica ha sido tildado en numerosas ocasiones de teoría de la conspiración. Sin embargo, el nexo demostrado entre la economía capitalista y los roles sociales de los medios de comunicación constituye a la vez su mayor fuerza y debilidad: describe la fotografía en su conjunto pero olvida los detalles (Schudson, 1989:266-270). Las teorías de clase y sobre el elitismo confluyen en los enfoques gramscianos que hacen hincapié en el acceso "privilegiado" a los medios que gozan las fuentes con status y poder institucionalizado. Estas elites poseerían la primacía (temporal e ideológica) para definir la realidad social y conformar una "cultura hegemónica que beneficia a sus intereses (Hall et al., 1978). La formulación más brillante y reciente de este argumento considera que "los medios sirven para mobilizar el apoyo de intereses concretos que dominan el estado y la economía privada" (Herman and Chomsky, 1988:xi). La crítica más obvia esgrime que este enfoque no logra registrar las luchas que tienen lugar dentro de las elites o la divergencia de intereses entre elites y periodistas. También se trata de un modelo atemporal y unidireccional que no refleja los cam-

bios y la reciprocidad o influencia mutua entre los disfrutantes del poder y los medios (Schlesinger, 1990:64-69).

(ii) La sociología del periodismo se ha bifurcado en las líneas de estudio sobre prácticas y valores profesionales. El primer enfoque resalta las interacciones rutinarias y burocráticamente determinadas entre periodistas y fuentes, que tienen como consecuencia el acceso privilegiado (aunque no automático) de las elites (Tuchman, 1978; Fishman, 1988). Los estudios centrados en las ideologías profesionales de los periodistas analizan principalmente los ideales de objetividad y neutralidad. La mayoría de estos últimos trabajos adoptan una visión crítica y señalan que, a través de esta ideología profesional, se justifica el peso superior que se concede a las fuentes institucionales (Bennet, 1990:105).

2) Los estudios centrados en las fuentes consideran los medios como arenas de competición entre las diferentes fuentes informativas. El contenido informativo se transforma, así, en una especie de campo de batalla en el que diferentes agentes sociales rivalizan para controlar e influenciar las percepciones populares de los principales sucesos políticos (Blumler, 1990:103). Las conclusiones, defendidas desde este enfoque académico, coinciden con algunos de los presupuestos expuestos anteriormente en este trabajo: a) El contenido de los medios (incluidos los trabajos de investigación y elaboración propios se construyen a través de "acciones simbólicas" entre la prensa y actores públicos relevantes. Especialmente, mediante el intercambio de información por publicidad: las noticias no tratan de lo que ocurre sino de lo que alguien relevante dice que ha ocurrido. Las elites políticas son los actores relevantes de la cobertura informativa política (Ertzema et al. 1989; Cook et al. 1983). b) El resto de grupos políticos que compiten con esas elites también intentan imponer sus definiciones de las cuestiones públicas. c) El éxito de las estrategias de las fuentes no depende únicamente de sus recursos, sino de las actuaciones paralelas de los medios que dependen fundamentalmente de los roles que desempeñen respecto a las fuentes de información oficiales (Gans, 1979; Molotch and Lester, 1974; Schlesinger, 1990).

Este trabajo entiende que tanto las fuentes y como los medios determinan el proceso de comunicación política; cualquier análisis unilateral dejaría de lado a uno de los dos polos y negaría las dinámicas de dependencia mutua que definen sus roles. Es necesario precisar de qué tácticas y recursos dispone la clase política para controlar el flujo informativo que generan sus instituciones; que, por otra parte, ha de completarse con un estudio desde los medios que determine los roles que los periodistas desarrollan frente a las fuentes institucionales. A describir esos repertorios de estrategias y roles se dedican las siguientes páginas.

4. TIPOLOGÍA DE RECURSOS Y ESTRATEGIAS DE LAS FUENTES POLITICAS PARA CONTROLAR EL FLUJO INFORMATIVO.

La clase política, además de constituir la materia prima y el origen de gran parte de los contenidos informativos, disfruta de ciertas ventajas con respecto a otros agentes sociales. Por sus actividades de diseño legislativo, gestión o desarrollo de políticas públicas, los partidos y sus miembros disponen de mecanismos exclusivos de influencia y control de los medios de comunicación. Se puede presumir, por tanto, que las capacidades de la clase política para controlar el flujo informativo, especialmente el que hace referencia a sus propias instituciones, son superiores a las que disfruta el resto de los agentes sociales.

Los políticos, al actuar como fuentes de información y debido a esa situación institucional privilegiada, pueden desarrollar dos grupos de estrategias: formales e informales. Al adoptar *estrategias formales* los políticos realizan un ejercicio de poder, esto es, ponen en práctica recursos propios de su status y, por lo tanto, de sus capacidades superiores de control o negociación del contenido informativo que generan. Cuando adoptan *estrategias informales*, los políticos realizan un ejercicio de influencia, no se sitúan ya en una posición institucional superior a los periodistas y sus capacidades de control y negociación son equivalentes a las de los informadores.

La diferencia anterior es importante ya que la literatura anglosajona, elaborada en un contexto tradicionalmente liberal democrático, desdén la relevancia de los mecanismos políticos formales. En dichas sociedades algunas de estas estrategias han sido deserradas hace tiempo y reemplazadas por tácticas informales que suponen una mayor distribución de recursos de control y, por lo tanto, mayor independencia y discrecionalidad de la actividad periodística.

Entre las estrategias políticas **formales** de control del flujo informativo se cuentan las siguientes:

1. *Definición del marco legal*: esto es, del margen de legalidad en el que ha de desarrollarse la actividad periodística y que se compone bien de licencias para constituir empresas de comunicación o de las leyes que regulan la libertad de expresión.

El sistema de licencias constituyó el pilar del control informativo tras la eliminación de la censura previa. Actualmente persiste aplicada a la prensa escrita en los regímenes no democráticos, pero se mantiene en la radiodifusión de muchos países de la Europa Occidental en forma de limitación de número de emisoras de radio o televisión y su concesión gubernamental o parlamentaria.

La regulación de la libertad de expresión consiste fundamentalmente en las leyes de secretos y de difamación o injurias. Si las primeras proscriben ciertas realidades sociales por su naturaleza (secretos de estado u oficiales, secretos de sumario) para aparecer como contenidos noticiosos, la

legislación sobre difamaciones e injurias intenta regular la actuación periodística intencionalmente falsa y atentatoria contra otros derechos ciudadanos. Medidas como las suspensiones o el secuestro de publicaciones han quedado relegadas como mecanismos autoritarios inadmisibles en un régimen de libertades democráticas; excepto en situaciones excepcionales de suspensión de las libertades fundamentales que también corresponde determinar a la clase política: estado de emergencia, de sitio o de guerra.

2. *Transferencias económicas*, por tal se entiende todo flujo monetario que vaya desde los miembros de la clase política a la periodística. Desterrados los "fondos de reptiles" como práctica fraudulenta de soborno, los medios públicos de transferencia económica son (a) la participación en la propiedad de los medios (mediante acciones o en exclusiva: medios estatales o partidistas), (b) los impuestos sobre las empresas de comunicación, (c) el régimen de subvenciones directas o indirectas y (d) la publicidad institucional u oficial.

3. *Transferencias informativas*, es decir, la transmisión de información elaborada por las instituciones y burocracias políticas en el poder o en la oposición, principalmente desde sus oficinas de relaciones públicas y de prensa.

La participación en la propiedad de los medios, la publicidad y las transferencias informativas no son exclusivas de las fuentes políticas institucionales, sino que otras fuerzas políticas y sociales hacen uso de ellas entrando en una dinámica de competencia con los actores políticos. El grado de monopolio de partidos y clase política en el ejercicio del resto de estrategias formales, la falta de límites más o menos explícitos o la intensificación de su uso son rasgos que ponen en duda el carácter democrático de las relaciones entre políticos y periodistas.

Las estrategias políticas informales, sin embargo, están también a disposición de otros actores sociales y aquí los políticos tan sólo juegan con la ventaja de una influencia y autoridad a veces superiores. Así, los políticos pueden intentar dos vías (1) una estrategia que recurra a mecanismos externos al medio o al periodista o (2) una estrategia interna, actuando directamente en/desde el mismo medio⁽²⁾.

(1) En el grupo de *estrategias externas* los actores políticos cuentan:

- La falta de cooperación: los políticos se niegan a mantener una postura de colaboración con los medios o periodistas "problemáticos".

- El uso de medios alternativos: los políticos recurren a otros medios más próximos en ideología o debido a lazos personales privilegian su relación con ellos.

- La apelación al autocontrol desarrollado por los consejos y comisiones de prensa. Se trata de conseguir una amonestación moral y un refuerzo de principios deontológicos que se suponen vulnerados.

- Acciones legales. La clase política recurre al heterocontrol de los informadores y exige de los tribunales la aplicación del marco legal de la información.

(2) En el grupo de las *estrategias internas*, en las que el político intenta una influencia directa sobre el mismo medio se cuentan:

- Contactos personales con el reportero para pedir un cambio de enfoque o un desmentido.
- Quejas al director o a los responsables jerárquicos del medio.

Peticiones de publicación de correcciones.

- Publicación de cartas al director o columnas de opinión, en las que el político, oficialmente o a título personal, da su visión del asunto en cuestión.

Las estrategias anteriores de la clase política constituyen tan sólo una parte del conjunto de interacciones que tratamos de describir. Su correlación en el polo periodístico lo constituye un elenco de roles desplegados por los medios e informadores respecto a las fuentes oficiales o institucionales. Sólo esta doble perspectiva ofrece la posibilidad de esbozar un mapa completo de las interrelaciones políticos/periodistas que predominan en una sociedad. Veamos ahora ese catálogo de posibles roles periodísticos.

5. ROLES PERIODÍSTICOS EN CUANTO A SU RELACIÓN CON LAS FUENTES OFICIALES DE INFORMACIÓN POLÍTICA

La sociología clásica del periodismo ha intentado situar las definiciones profesionales del informador en un continuo que va desde el periodista que se circunscribe a los hechos hasta aquel que desarrolla una tarea fundamentalmente crítica y valorativa; desde el informador neutral al periodista participante (Cohen, 1963; Johnstone et al., 1976). Nuestra tipología asume este enfoque dinámico, entendiendo que los roles periodísticos están sujetos a evolución, debido a la interdependencia con las estrategias de las fuentes políticas, descritas en el punto anterior.

La discusión previa de las luchas simbólicas y los mecanismos de delegación y representación nos ha servido para señalar que los roles informativos deben ser definidos atendiendo a dos dimensiones fundamentales: como resultado de prácticas cotidianas y de valores normativos. Situaremos los roles en un doble eje. Mientras en el primer eje se refleja el grado de oposición que un medio o periodista despliega respecto al poder político, el segundo eje recoge el nivel normativo de las autoconcepciones, los "credos profesionales" que (re)cubren esas prácticas cotidianas.

Su dimensión dinámica se fundamenta en tres presupuestos básicos, que asumen la interrelación e interdependencia de los dos grupos de actores relevantes para la comunicación política: (a) Todo periodista o medio pone en práctica varios o la mayoría de los roles descritos a continuación. (b) Dependiendo del tema, la fuente y el contexto (informativo y/o político) se enfatiza un modelo de interrelación dado entre periodistas y políticos. (c) Cada periodista o medio, sin embargo, puede ser descrito en su actividad profesional "típica" por una de estas formas prescritas de rela-

ción. Cada medio o profesional adquiere así un perfil que le proporciona una posición diferencial en el mercado de la información y en la trama de alineamientos políticos.

Partiendo del eje de autonomía y discreción respecto al poder político, que se considera como fuente de información primaria, distinguimos los siguientes cuatro bloques: (1) Rol adversario, (2) Rol de intercambio, (3) Interpenetración y (4) Convergencia. A continuación se ofrece la definición de estas etiquetas analíticas, seguidas de ejemplos concretos en contextos institucionales de diferente desarrollo democrático⁽³⁾.

5.1. Adversario

5.1.1. **De trinchera** [ENFRENTAMIENTO TOTAL] Los periodistas atacan, denuncian y cuestionan toda fuente institucional en una oposición total con el status quo. Dicha oposición puede ser llevada a cabo desde *trincheras progresistas*, p.e. hacia una revolución en un proceso de cambio desde regímenes no democráticos, o desde *trincheras retrógradas*, proponiendo una vuelta a la dictadura anterior.

De cualquier modo, los medios o sus redacciones servirían de portavoces de fuentes que se sitúan al margen del sistema y discurso político institucionalizados. En un contexto democrático, dichas fuentes anti- o extra-sistema cuestionarían ciertas leyes básicas (p.e. la forma de estado) o modelos de hacer política (p.e. políticas incrementalistas).

5.1.2. **De cruzada** [ENFRENTAMIENTO PARCIAL O TEMÁTICO] Los periodistas llevan a cabo campañas públicas o "cruzadas" en contra (o a favor) de las definiciones sobre ciertos problemas públicos, campañas que son orquestadas por fuentes políticas que usan dichos medios como plataformas de expresión.

En el caso de las transiciones de régimen político, sirva el ejemplo de los medios de información que se erigen en portavoces de los intereses de las antiguas clases dirigentes; ya sean de partido, burocráticos (p.e. militares u otros funcionarios) o económicos. Por lo general, se trata de medios con status de órganos más o menos oficiales en los regímenes anteriores que, sin cuestionar las instituciones democráticas, siguen expresando (como resistencia o advertencia frente a los cambios) ciertos temas o definiciones públicas propias de los antiguos focos de poder. En las democracias representativas el ejemplo más apropiado vendría dado por aquellos medios "confesionales" que, sin acometer una crítica global del sistema, se oponen a procesos de secularización de la vida pública o emprenden campañas basadas en dogmas o principios ético morales.

5.1.3. **Vigilante** [OPOSICION PROFESIONAL] Los periodistas contrastan la información ofrecida por cualquier fuente (especialmente las oficiales) con sus propias investigaciones; aplican valores profesionales, como la objetividad y la neutralidad, y dicen ofrecer a los ciudadanos un servicio de vigilancia de los errores y abusos de la clase política.

Se trata del ideal anglosajón del rol social de los medios. Estos deberían proporcionar todas las visiones posibles de una misma realidad, oponer a las definiciones oficiales las de la oposición o, en ausencia o como complemento de estas últimas, su propia versión en forma de periodismo de investigación o denuncia. Resulta evidente, que tal rol sólo es posible en un contexto democrático y de equilibrio y control recíproco de los poderes institucionales.

5.2. Intercambio [cooperación activa y negociada]

Los periodistas, en busca de maximizar la información (más y mejor información al menor coste), intercambian información por publicidad de fuentes políticas en una *cooperación de simbiosis*. Dicha cooperación, basada en la simbiosis de intereses de la clase periodística y la política, proporciona estabilidad a dicha relación, pero también es compatible con cierto grado de *parasitismo*. Es decir, una de las partes puede resultar más beneficiada en un momento dado, contrayendo una deuda que ha de ser satisfecha en el futuro.

Se trata del complemento indispensable de todo rol vigilante, ya que la confrontación ha de tener lugar dentro de ciertos límites e intercambios que garantizan la continuidad de la relación con las fuentes políticas (Blumler y Gurevitch, 1981:471-472). En cierto sentido, constituye la dimensión pragmática del rol de vigilante y contrapoder. El periodista, guiado por criterios meramente prácticos (que cambian con el tiempo, el tema..., sin basarse en razones ideológicas) intercambia información con ciertas fuentes a las que proporciona notoriedad pública. El periodista considera esas informaciones y fuentes bajo la perspectiva de su valor noticioso (credibilidad, autoridad, alta personalización, cercanía al lector...) y/o según su importancia para su trabajo cotidiano (estabilidad de esas fuentes, facilidad de acceso, carácter exclusivo, notoriedad...).

De nuevo, para que dicho rol informativo pueda hacerse realidad se necesita un contexto de poder político limitado. Los mecanismos formales de control del flujo informativo por parte de los políticos han de verse restringidos para permitir recursos de negociación a disposición de los periodistas.

5.3. Interpenetración [Periodistas y políticos en una mezcla mutua].

Periodistas y políticos comparten intereses muy similares, de orden político (periodistas afiliados o con carnet de partido) o económico (accionariado o propiedad partidista de los medios). Los dos polos gestores de la comunicación política se confunden en estos tres subroles periodísticos:

5.3.1. **Apoyo** de una meta compartida-con los políticos.

5.3.2. **Complicidad**: alianza entre periodistas/políticos en favor del mantenimiento de un status favorable para ambos.

5.3.3. **Connivencia** entre ambos actores en contra de un enemigo "común".

Tomando como ejemplo el caso de la información sobre escándalos políticos, podríamos considerar como relación de *apoyo* aquella en la que periodistas y políticos en general, acometen un "saneamiento" de la vida política, en una purga más o menos controlada de actores públicos que reciben como sanción la publicitación de sus actividades fraudulentas. A través de distintos medios, las fuerzas políticas realizarían la denuncia de realidades a las que sólo ellos tienen acceso y los medios actuarían como "instituciones imparciales", reforzando así ambos su legitimación social.

Las relaciones de *complicidad* se verían reflejadas en un silencio tácito sobre una corrupción que salpicase tanto a periodistas como a políticos, al no ser diferenciables unos de otros por vínculos ideológicos o económicos. La connivencia resultaría de una alianza entre segmentos de periodistas y políticos, de modo que *ciertos* casos de corrupción fuesen atreídos por *ciertos* medios, basándose en fuentes políticas próximas de la oposición, con el fin de debilitar la fuerza política en el poder.

Este tipo de roles no es exclusivo de los sistemas democráticos; aún más, la confusión de actores que presupone, es indicativo de un déficit de desarrollo democrático al ser fruto de relaciones paternalistas (por parte del poder político) o de servidumbre (por parte de los periodistas). Este tipo de roles encuentra su campo abonado en regímenes de autoritarismo limitado o dictaduras en proceso de descomposición. En tales momentos, las nacientes familias políticas suplen la falta de estructuras institucionales con el acceso a ciertos medios de comunicación, y estos últimos intercambian el acceso limitado a la información por vínculos de vasallaje y dependencia.

5.4. Convergencia [cooperación impuesta].

Fuerzas de poder (internas o externas a la clase política y periodística) empujan a establecer "alianzas no naturales" entre ambos actores o hacia una cooperación que persigue su supervivencia o el aseguramiento de sus posiciones.

Blumler y Gurevitch (1981:475-476) describen convergencias entre periodistas y políticos debidas a influencias mutuas que tienen su origen en procesos externos a ambos actores. En un contexto de elecciones, por ejemplo, los medios buscan la simplificación de los mensajes con el fin de lograr un contenido más accesible al mayor número de lectores; los candidatos políticos, por su parte, aceptarían dichas simplificaciones al transformarse así en noticiables y alcanzar de este modo mayor presencia pública durante la campaña.

Se puede admitir, como hemos hecho en páginas anteriores, que los mercados informativos y políticos confluyen, actuando como soportes mutuos; y ello parece especialmente apropiado para sistemas de libre mercado y de competición política representativa. Por decantamiento, se van configurando unas pautas y valores convergentes, asumidas de un modo más o menos explícito por políticos y periodistas.

Pero son muchos los países que no responden a ese perfil o que lo hacen de un modo imperfecto.

Las alianzas de convergencia "no naturales" (para distinguirlas de las anteriores) tendrían su razón de ser en la inestabilidad e "imperfecciones" de los mercados de medios o de las formaciones políticas. Un juego de *fuerzas internas* vendrá dado, por ejemplo, por un medio informativo que, dada su inestabilidad económica, aceptase "transferencias económicas" o "transferencias informativas" de un grupo político suficientemente poderoso. Un juego de *fuerzas externas* es típico, por ejemplo, de todo proceso de transición política. El riesgo de involución suele empujar entonces a una convergencia temporal y artificial entre actores políticos y periodísticos, por la sencilla razón de que su supervivencia depende del afianzamiento de las reformas democráticas. Esta convergencia puede manifestarse en la autocensura de los periodistas y en el tratamiento extremadamente cauto que hacen los políticos de temas "peligrosos". En todo caso, el resultado es un rebajamiento del nivel de confrontación. El apaciguamiento de hostilidades podría tener lugar tanto en el seno de los medios como en el de los políticos, o en las relaciones globales entre clase periodística y política.

Las indicaciones que se han hecho sobre la relación entre determinados regímenes o situaciones políticas y roles periodísticos enfatizan el status de "subordinación-autonomía" que medios y profesionales informativos mantienen respecto al sistema político en el que se inscriben. Podríamos incluso asumir que a cada sistema o régimen le corresponde en contrapartida una prensa y unos medios con roles muy determinados:

A la democracia representativa le corresponde una combinación de los roles de adversario e intercambio, siendo el primero el soporte normativo-ideal y el segundo la dimensión práctica de la actividad de informar. El despliegue reiterado de ambos resulta en una convergencia, fruto de interrelaciones previas y de una cultura común.

Las dictaduras oligárquicas necesitan unos medios donde prime el rol de interpenetración y la clase dirigente política se corresponda con la clase propietaria de los medios.

Los regímenes en transición, conducidas a través de un pacto de elites que negocian un cambio gradual y controlado, se caracterizan por una convergencia impuesta en los medios. En el caso de una transición traumática y salpicada de conflictos, los roles de adversarios de trincheira y de cruzada definen el perfil preponderante en los medios.

Sin embargo, nuestro presupuesto es que en todo sistema persisten medios que despliegan todos esos en roles en mayor o menor medida dependiendo de las evoluciones del sistema político (cambios de gobierno, evoluciones de las esferas de poder, transformaciones de la forma de estado...) y del mercado de los propios medios (en busca de un perfil y una audiencia propios, en función del nivel de competición).

El orden de exposición anterior responde a la posición de estos roles informativos en el continuo que abarca desde la máxima oposición hasta la máxima colaboración respecto a las fuentes políticas oficiales; esto es,

el grado de autonomía (medida en su carácter negativo, de confrontación) con respecto al poder político. Pero también es necesario reflejar sus dimensiones normativas. Dichos roles encarnan también unas autoconcepciones profesionales, la finalidad social (formalizada o no, en códigos deontológicos) que los profesionales del periodismo dicen cumplir y que, en última instancia, justifican la delegación y representación simbólica en los procesos de comunicación política.

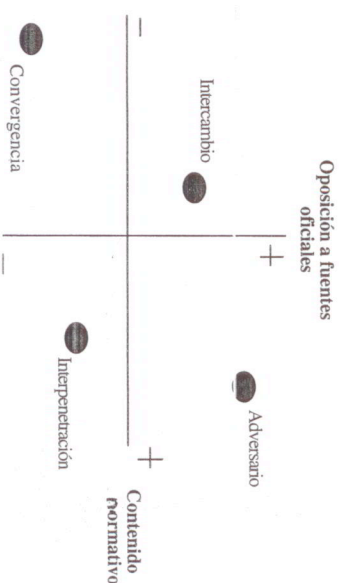
Este contenido normativo puede responder a valores meramente profesionales o ideológicos, que no son incompatibles pero sí diferenciables. Mientras los valores profesionales permiten una evaluación del trabajo en sí mismo, según factores intrínsecos a la actividad profesional; los valores ideológicos reflejan una preocupación por los efectos sociales de esa actividad, más o menos teñidos de ideologías políticas identificables. Una nueva enumeración de los roles que reflejase el continuo desde aquellos con mayor contenido normativo hasta los más pragmáticos debería de considerar las siguientes modificaciones del orden de exposición anterior.

1. El rol de **adversario** se sitúa en el polo de mayor contenido normativo. Los periodistas o medios de *trincheira* y *cruzada* encarnarían valores ideológicos, mientras que el *vigilante* da un mayor peso a valores estrictamente profesionales.

2. En el rol de **interpenetración** se entremezclan, además de los actores políticos y periodísticos, los valores ideológicos y los criterios pragmáticos de estos últimos.

3. El rol de **intercambio** significa un paso más en la dimensión pragmática: supone el abandono de valores ideológicos y el predominio de los profesionales, que se ven matizados por consideraciones pragmáticas.

4. El rol con mayor contenido pragmático es, sin duda, el de la **convergencia**, ya que resulta de juegos de fuerza en los que se sumergida la profesión periodística, con relativa independencia de los credos ideológicos y profesionales que profese.



El gráfico trata de resumir lo expuesto hasta ahora. La posición espacial responde a la distancia que cada uno de los roles mantiene respecto a los parámetros prácticos (oposición a fuentes oficiales) y normativos que hemos definido. De este modo se evidencia la naturaleza dinámica y la versatilidad de las relaciones entre periodistas y clase política a la hora de establecer sus procesos de interacción.

CONCLUSIONES CRÍTICAS

Hemos partido de una consideración de periodistas y políticos como los principales artífices de la esfera simbólico-política, que termina conformando la "realidad" pública de las sociedades avanzadas. Interesados por indagar en la competición entre los distintos actores sociales por influenciar y controlar las percepciones populares de los principales sucesos y temas políticos a través de los medios, definimos a periodistas y políticos como agentes simbólicos privilegiados. Es decir, con mayores recursos que el resto de los ciudadanos para definir esa "realidad" política que constituye la experiencia pública viciaria de la mayoría.

Los periodistas, como todo grupo profesional, han intentado establecer unas prácticas profesionales y unos ideales normativos que sirvan para delimitar sus actividades y el sentido social de las mismas. La conjunción de ambas dimensiones (pragmática y normativa) permite definir unos roles periodísticos que revelan las relaciones mantenidas con la clase política. En estas relaciones el periodista busca información y el político notoriedad pública (o incremento de su capital simbólico). El ideal normativo del periodista se formula en sus autodefiniciones como representante que habla en boca de su audiencia o delegado que ejerce una tarea de control de los otros poderes. Ambos ideales presuponen una distancia y un nivel de confrontación con los poderes públicos (y políticos, especialmente) que no se corresponden con la mutua necesidad práctica de colaboración y cooperación entre ambos actores. La profesión periodística desarrolla, por lo tanto, procesos típicos de toda representación simbólica y corre los mismos riesgos fetichistas: transformar una función de servicio en función de calificación de aquellos a quien dice representar.

Roles periodísticos y estrategias políticas de control de la información son interdependientes y, por lo tanto, tienen una dimensión dinámica. Hasta el punto de que se podría afirmar que a cada régimen o forma de institucionalización político le corresponde un determinado rol periodístico predominante. Los medios mantienen una relación de subordinación-independencia respecto a las instituciones políticas que refleja en los roles periodísticos tienen lugar cuando los medios desarrollan roles que resultan de una subordinación plena a las instituciones políticas o cuando despliegan otros roles que son fruto de una autonomía absoluta respecto a

un marco institucional asumido por la sociedad. El primer extremo lo ejemplificarían unos medios que actuaran como auténticos portavoces o gabinetes de prensa de las instituciones. El segundo extremo corresponde a una prensa que hubiese roto todo vínculo institucional y se extralimitase en sus funciones de representación pública. Otro modo de formular esos riesgos es considerar aquellas sociedades en las que los medios no han sabido (podido) repartirse los roles a su disposición, de tal modo que existiese siempre alguno que encarnase una de las combinaciones señaladas de oposición a los poderes políticos y de contenido normativo ideal.

Así, en aquellas sociedades en las que los medios se caracterizan por adoptar casi unánimemente un *rol de adversario* estos caerían en doctrinismo de combate (ideológico o profesional) de consecuencias desestabilizadoras y que ya no podría dar cuenta del juego institucional al haber roto sus lazos con él. Un mercado de medios de comunicación que despliegase unánimemente el *rol de intercambio* estaría secuestrando a la opinión pública aquella información política que no rindiere "frutos periodísticos" inmediatos: todo aquel contenido informativo que resulta de una negociación previa en la que priman los intereses de periodistas y políticos. Las sociedades caracterizadas por una *interpenetración de medios e instituciones políticas* estaría supeditada a conocer una realidad social derivada de las fuerzas y equilibrios de poder institucional, con los silencios y monopolios consiguientes. Los sistemas de medios, caracterizados por medios que actúen bajo una *convergencia impuesta*, producirían una esfera pública condicionada a la estabilidad y supervivencia de políticos y periodistas, grupos no identificables con el resto del cuerpo social. La *convergencia espontánea* que resulta de la confluencia de los mercados de ideas y de información arrastra serios problemas de inercia y, al igual que la convergencia impuesta, conduce a una representación social basada en valores que no están consensuados explícitamente a nivel social y que necesitan ser cuestionados para cobrar vitalidad. En el fondo, todas estas degeneraciones de las funciones de representación social (periodística y política) coinciden en que periodistas y políticos se erigen en representantes únicos de la opinión pública y fiscalizadores exclusivos del juego de poder institucional.

El ideal de representación democrática (de las mayorías y de las minorías) exige de los medios de comunicación una mayor transparencia acerca de sus actividades y del origen de sus recursos económicos e informativos, de modo que las capacidades de control de sus audiencias sobrepasen el mínimo de la simple elección de consumo entre diferentes productos informativos. La autocritica que cuestione la distancia real entre la imagen ideal y las verdaderas prácticas profesionales, si no es posible desde el mismo medio, debiera ejercerse desde los otros medios, superando corporativismos defensivos tan presentes entre los informadores.

Socialmente resulta necesario que tenga lugar un reparto de roles entre los medios, de modo que la competición interna actúe como reflejo plural y discrepante de la actividad política. Así mismo, es imprescindible una evolución de los medios paralela (aunque no subordinada) a la evolución

institucional. El juego de roles intercambiables según el tema, el actor o la situación política concluye, entonces, en una trama de relaciones con la clase política capaz de construir una esfera simbólica dinámica y de conflicto creativo. Ningún proceso político democrático puede conocerse y criticarse desde unos medios monolíticos o pertenecientes a un tiempo pasado. Ni tampoco pueden dejar los medios de mantener cierta distancia (por delante) de las instituciones políticas, para actuar sobre ellas como motores de discusión crítica; a no ser que la profesión informativa abandone el ideal de pluralidad del que surgió y asuma como inevitable que "...los individuos en estado aislado, silenciosos, sin palabra, sin la capacidad ni el poder de hacerse escuchar, son colocados ante la disyuntiva de callarse o ser callados" (Bourdieu, 1988:161) ⁽⁴⁾.

NOTAS

Periodismo, conflicto simbólico y fetichismo. Tipologías y tensiones de...

119

(1) Las fuerzas políticas suelen preferir el acceso a la mera cobertura informativa. Acceso a los medios supone gozar de espacio, tiempo y contexto para representar razonablemente las posturas propias; se diferencia de la simple cobertura en que esta última implica tiempo y espacio, pero no ese contexto que garantiza una representación favorable. Dicho de otro modo, a un político se le brinda acceso a un medio cuando, por ejemplo, éste puede firmar una columna de opinión, se le publica total o parcialmente un documento redactado con ese fin o se le cita como fuente de autoridad en una noticia, casos que difieren de cuando sus actividades o manifestaciones son simplemente recogidas en una cobertura informativa crítica o neutral (Ericson et al., 1989:5-6).

(2) El esquema está tomado de Ericson et al., 1989, en el que se estudian los mecanismos de control desarrollados por las fuentes judiciales, policiales, legislativas y el sector económico privado.

(3) Tres de estas etiquetas analíticas ("adversario", "intercambio" y "convergencia") han sido tomadas de Blumler y Gurevitch, 1981. Pero los contenidos asignados son diferentes: se ha tenido en cuenta que dichos roles necesitan ser desbrozados en sub-roles que, además de especificar sus significados, considerasen situaciones institucionales no democráticas. En otros casos, como el de "convergencia", el significado adscrito es radicalmente diferente, al reflejar también una cooperación impuesta por fuerzas externas.

La mayor parte de la literatura británica y americana, presupone un modelo propio de sociedades anglosajonas avanzadas que no recoge todo el repertorio de roles informativos puestos en práctica por los periodistas de la Europa continental. Sin desechar la descripción anglosajona, hemos querido integrar en nuestra tipología los posibles modelos de relación periodistas/poder político, todavía presentes en las democracias liberales del continente, asentadas o heredadas de recientes dictaduras en el sur de Europa; y que son extensibles, por otra parte, a las nuevas situaciones planteadas en el centro y el este de Europa.

(4) El autor agradece la lectura atenta, discrepante y sugerente por parte de José Luis Dader (Universidad Complutense de Madrid) y Vincent Wright (Nuffield College, Oxford) de los borradores previos a este artículo.

BIBLIOGRAFIA

- ALVAREZ JUNCO, J. (1990), *El emperador del paralelo*, Alianza Editorial, Madrid.
- BENIGER, J.R. (1987), "Personalization of Mass Media and the Growth of Pseudo-Community" *Communication Research*, 14 (352-371).
- BENNET, W.L. (1990), *News. The Politics of Illusion*, N.Y. Press, London.
- BLUMLER, J.G. (1990), "Elections, the Media and the Modern Publicity Process" in FERGUSON, M.(ed) *Public Communication. New Imperatives*, London, Sage.
- BOURDIEU, P. (1975), "The Specificity of the Scientific Field and the Social Conditions of the Progress of Reason", *Social Science Information*, 14 (19-47).
- BOURDIEU, P. (1984), (v.o 1979) *Distinction*, London, Routledge & Kegan Paul.
- BOURDIEU, P. (1988), *Cosas Dichas*, Barcelona, Gedisa.
- BURGOON, J. K; BURGOON, M. & ATKIN, C.K. (1982), *The World of the Working Journalist*, New York, Newspaper Advertising Bureau.
- COOK, F.L. et al (1983) "Media and Agenda Setting: Effects on the Public, Interest Group Leaders, Policy Makers and Policy" *Public Opinion Quarterly*, 77 (16-35).
- COHEN, B.C. (1963), *The Press and the Foreign Policy*, Princeton, NJ, Princeton University Press.
- ENTMAN, R.M. (1989), *Democracy without Citizens. Media and the Decay of American Politics*, Oxford, Oxford University Press.
- ERICSON, R.V. et al. (1989), *Negotiating Control*, Toronto, University of Toronto Press.
- ETTEMA, J.S. et al. (1989), "Agenda Setting as Politics: A Case study of the Press-Public-Policy Connection at the Post-Modern Moment", *Unpublished paper of the Media Study Group of the Center for Urban Affairs and Policy Research*, Northwestern University.
- FLEGEL, R. C. & CHAFFEE, S.H. (1971), "Influences of editors, readers and personal opinions on reporters" *Journalism Quarterly*, 48(645651).
- FISHMAN, M. (1988), *Manufacturing the News*, Texas, University of Texas Press.
- GANS, H.J. (1979), *Deciding What's News: A Study of CBS Evening News, NBC Nightly News, Newsweek and Time*, New York, Pantheon Books.
- GOFFMAN, E. (1959) *The Presentation of the Self in Everyday Life*, New York, Doubleday.
- GUIDDENS, A. (1984), *The Construction of Society*, Cambridge, Polity Press.
- HALL, S. et al. (1978), *Policing the Crisis: Mugging, the State and Law and Order*, London, MacMillan.
- HERMAN, E.S. and CHOMSKY, N. (1988), *Manufacturing Consent*, New York, Pantheon Books.
- JOHNSTONE, J. W. C. y otros, (1976), *The News People*, Urbana, Ill., University of Illinois Press.
- MERTON, R. K. (1986), (v.o. 1945) "The Sociology of Knowledge" in *Social Theory and Social Structure*, Free Press, New York (510-542).
- MOLOTOCH, H. and LESTER, M. (1974), "News as purposive behavior: on the strategic use of routine events, accidents and scandals" *American Sociological Review*, vol.39 (101-112).
- SCHLESINGER, Ph. (1990), "Rethinking the Sociology of Journalism: Source Strategies and the Limits of Media-Centrism" in FERGUSON, M. *Public Communication. The New Imperative*, London, Sage.
- ROSHCO, B. (1976), "The Press Through a Prism: Four Views of two papers" in *Public Opinion Quarterly* (267-273).
- SCHUDSON, M. (1989), "The sociology of news production" *Media, Culture and Society*, Sage (263-282).
- SEATON, J. & PIMLOTT, B. (1989), *The Media in British Politics*, Vermont, Gower.
- TUCHMAN, G. 1983 (1978) *La reproducción de la noticia*, Mexico, G. Gili.